

# EL SALVADOR,

## PULGARCITO DE AMÉRICA



El Salvador es el país más pequeño del Continente, el Pulgarcito de América. Tan pequeño, tan pequeño es, que podría imaginarse que cupiera en el cuenco de la mano. Sin embargo, la pequeñez geográfica, la pobreza de territorio, ha sido vencida por un alma indígena indomable, que ha logrado florecer los páramos y ha hundido su arado de madera hasta en los bordes de los precipicios y las aristas de las cumbres. Todo el país cultivado se ofrece al peregrino como un huerto generoso; y bajo su sombra, un pueblo con los brazos abiertos, con los brazos en cruz, para acoger al que viene de afuera en busca de abrigo o de sustento. Pueblo que todo lo obtuvo del trabajo, en una lucha tenaz y paciente; pero que sabe compartir la parquedad de su bocado con quien lo ha menester.

Pero no creáis que este huerto en perpetuo producir ha sido un paraíso terrenal, la tierra prometida para los elegidos de Dios. No. Esta tierra pujante y bravía, rebelde a las manos del hombre, para defenderse se erizó de volcanes. En el Occidente, el Izalco, por las noches, se viste su manto de oro vivo, refulgente, como un Dios pagano y terrible, que agitará en sus manos una antorcha gigante; y en el Oriente, el Chaparrastique, majestuoso y friolento, parece abrigarse entre las humaredas, como en un manto de armiño. Por los cuatro puntos cardinales, y en el centro y en la periferia, todo se alzó en volcanes.

Los hombres, como hormigas, juntando sus terrones poco a poco, alzaron aldeas y ciudades; y cuando las vieron florecientes y suntuosas, el volcán vengativo sacudió la tierra; y como castillos de baraja soplados por un niño caprichoso, los palacios y las chozas, todos por igual, rodaron confundidos por los suelos. Pero el hombre fué tenaz. Pronto surgieron entre los escombros los nuevos hogares; la vida continuó, febril y laboriosa; y a los pocos años la ciudad resplandeció nuevamente. Pero no fué larga su existencia; el volcán rugió de nuevo y toda la obra humana fué arrasada. Y así, en lucha titánica, increíble, estos hombres de fe han desafiado la Naturaleza; hasta el punto, que sus casas se alzan altaneras en las mismas faldas del volcán en furia.

De este continuo ajeteo, la tierra, en su mayor parte, parece sacudida por un ataque epiléptico. Cumbres y hondonadas, alturas y precipicios. Al lado de un vergel, la corriente de lava, el árido pedregal. Pero en todas partes, en la tierra fértil como en la tierra pobre, en la llanura y en la colina abrupta y en el precipicio escalofriante, allí veréis al labriego, identificado con su yunta de bueyes, confundido entre la tierra parda, arrojando su semilla y recogiendo su cosecha.

\* \* \*

Y si los hombres son fuertes, recios y pacientes a la par, la mujer es admirable, sencillamente admirable. En las madrugadas, apenas Venus, el lucero grande, el *nixtamalero*, los despierta, el hombre se levanta hacia la tina de agua se-

renada, sumerge en ella su cabeza, todavía soñolienta, y la sacude ya fresca, como un árbol cuajado de rocío. Luego va en busca de los bueyes, pone en sus hocicos húmedos dos manojos de zacate y retorna al hogar. En la choza, la mujer, diligente, ha encendido el brasero, echa las primeras tortillas y prepara los frijoles fritos y el café estimulante y oloroso. Al mediodía, cuando el sol calcinante y la dura tarea han agobiado las espaldas del peón, cuando la sed abrasa y el hambre apremia, como una samaritana surge en lontananza la mujer, con el cántaro humilde y el agua fresca.

Y en las tardes, al retorno, tras las veredas encendidas de crepúsculo, bajo el parpadeo de las primeras estrellas, chisporrotea el hogar y la cena espera, lista y sabrosa.

Mujer cristiana, humilde y abnegada hasta el sacrificio, cuando el hombre no trabaja, ella, varonilmente, saca la tarea y prepara la comida, y, además, da hijos para la tierra.

En las alturas, las montañas se cubrieron de cafetales, la mayor riqueza del país. ¡Y es de ver la maravilla de un cafetal en flor! ¿Habéis visto alguna vez campos nevados en primavera, bajo el sol? ¿Y habéis conocido nevadas que aroman hasta la embriaguez? Pues eso es un cafetal en flor. Y en las épocas del frío, bajo los vientos de diciembre, los cafetales son deslumbrantes estuches colmados de rubíes. ¡Con qué garbo desdeñoso las cortadoras de café arrojan en sus canastas las cargas de piedras preciosas! Y más tarde, por todo el mundo, el negro elixir, esencia de vida, va estimulando y exalando potencias humanas.

Pero no sólo café tiene El Salvador. También la caña alza sus penachos de granadero, granadero de la paz, rico de azúcar. A la par de los modernos ingenios, se escucha el lamento apacible de los viejos trapiches, tirados por la yunta de bueyes, que nos dan el azúcar morena, encendida como la piel de los indios. Y también tenemos añil, que, más noble que los nobles, tiene de verdad la sangre azul. Y el bálsamo de El Salvador, que por designio de la providencia, de todo el mundo sólo se da en una breve parcela de nuestra tierra. Bálsamo maravilloso que sana el cuerpo y el espíritu. Y el maíz, que da el pan para el pueblo; y el tabaco; y los cereales; y las frutas del trópico, que no tienen dueño y se ofrecen desde sus ramas a quien quiera tomarlas.

Hemos hablado de la tierra y del hombre que la hizo dar frutos. Pero este diminuto lote y este conjunto de seres forman un país, una patria. Patria que desde su primer aliento de vida, desde su primer grito de independencia, se ha caracterizado por dos virtudes: primero, un amor invencible por la libertad; y segundo, una protesta viva y eterna en favor de los pueblos oprimidos. En estos dos aspectos está encerrada toda su historia, desde la conquista hasta nuestros días.

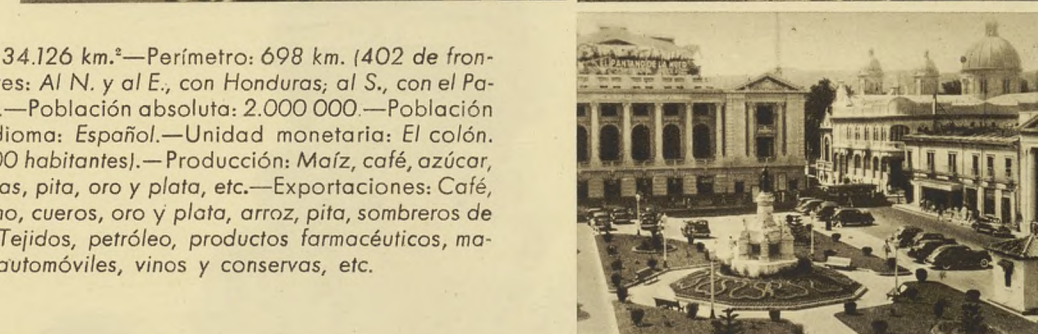
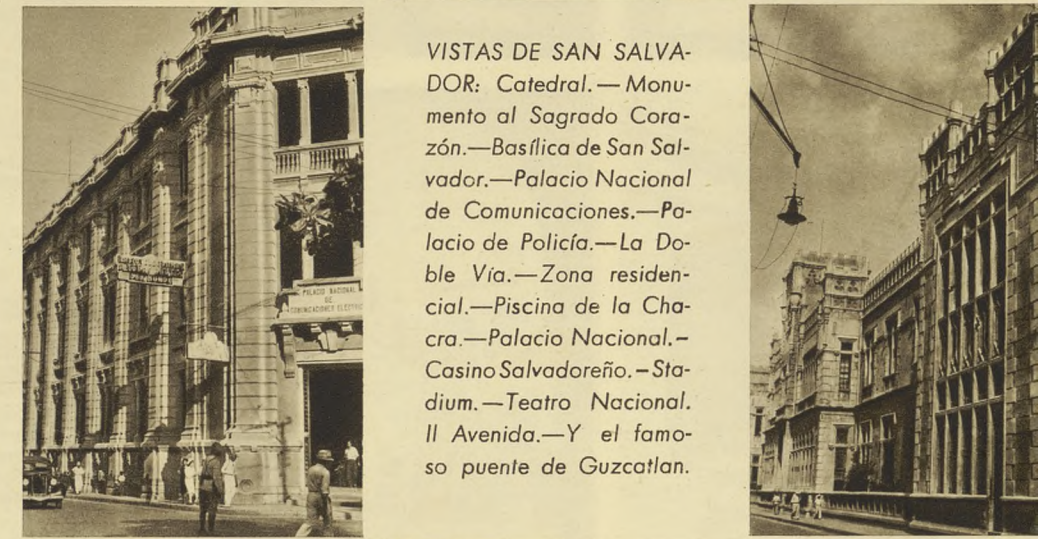
En la conquista del viejo reino de Cuscatlán—hoy El Salvador—, fué herido y derrotado por primera vez el valiente capitán D. Pedro de Alvarado; y su cacique simbólico, Atlacatl, murió de tristeza en sus montañas, sin someterse al conquistador; y fué un noble varón salvadoreño, José Simeón Cañas, quien logró en la América Central la redención de los esclavos. Y así hasta hoy.

Sin embargo, no es un pueblo guerrero. Ama la paz. Su bandera no tiene campo más que para dos colores: el azul y el blanco. Azul, retazo de cielo, ansia de elevación, amor. Blanco, vellones de cordero, nieve de las cumbres, pureza de alma. Por eso nuestra patria es acogedora y fraternal; y sólo pide al peregrino que traiga puro el espíritu, para que no contamine el aire y no enturbie las aguas límpidas.

Este es El Salvador: el Pulgarcito de América.



VISTAS DE SAN SALVADOR: Catedral.—Monumento al Sagrado Corazón.—Basílica de San Salvador.—Palacio Nacional de Comunicaciones.—Palacio de Policía.—La Doble Vía.—Zona residencial.—Piscina de la Chacra.—Palacio Nacional.—Casino Salvadoreño.—Stadium.—Teatro Nacional.—Il Avenida.—Y el famoso puente de Guzcatlan.



EL SALVADOR.—Superficie: 34.126 km.<sup>2</sup>—Perímetro: 698 km. (402 de fronteras y 296 de litoral).—Límites: Al N. y al E., con Honduras; al S., con el Pacífico, y al O., con Guatemala.—Población absoluta: 2.000.000.—Población relativa: 58'6 h. por km.<sup>2</sup>—Idioma: Español.—Unidad monetaria: El colón. Capital: San Salvador (115.000 habitantes).—Producción: Maíz, café, azúcar, arroz, algodón, maderas, frutas, pita, oro y plata, etc.—Exportaciones: Café, azúcar, algodón, añil, bálsamo, cueros, oro y plata, arroz, pita, sombreros de palma, etc.—Importaciones: Tejidos, petróleo, productos farmacéuticos, maquinaria, harina, automóviles, vinos y conservas, etc.